

## GUSTO Y CIVILIZACIÓN EN DAVID HUME

ADRIANA MARÍA URREA\*

### RESUMEN

Para David Hume el contenido esencial de la filosofía es la reflexión sobre la vida social, y la forma más adecuada para su comunicación es el ensayo. Mediante el ensayo la filosofía se hace asequible al hombre de la calle y cumple su función de promover la sensatez, la moralidad y la cohesión social entre los integrantes del cuerpo social. La vida propiamente humana transcurre en el ámbito de la conversación, en donde se intercambian no sólo ideas sino primordialmente sentimientos y emociones. La esencia de la moral es el conocimiento del alma humana: el tejido y el juego de sus pasiones, sentimientos y emociones. La base de la moral no se halla en la razón lógica, sino en el principio de simpatía, que inclina al hombre a tomar partido a favor de la humanidad. La belleza, el buen gusto y el arte se encuentran íntimamente ligados a la simpatía, pues estos constituyen el acceso a los juicios morales que expresan el reconocimiento de la comunidad sobre el valor humano de nuestros sentimientos y acciones. Conciente de las dificultades que suscita el concepto humeano de "buen gusto" como elemento del juicio moral, el presente artículo abre este interrogante y proporciona algunos elementos de respuesta.

---

\* Pontificia Universidad Javeriana, Santafé de Bogotá, Colombia.

## TASTE AND CIVILIZATION IN DAVID HUME

ADRIANA MARÍA URREA\*

### ABSTRACT

Reflecting on social life is the essential aim and content of David Hume's philosophy; and writing essays, the most adequate way to convey it. Through essays, philosophy becomes closer to ordinary man; they allow philosophy to meet its function in promoting good taste, morality, and social cohesion among partners in the social body. Proper human life develops itself in conversation, a realm where sharing feelings and interchanging emotions are prior to ideas. Knowing human soul: passions, sentiments and emotions weaving and playing, is the core of morality. The foundation of morality lies on the principle of sympathy rather than on a logical reason; sympathy tilts man to take a stand for humanity. Beauty and good taste and art are closely bound to sympathy as a mean to reach moral judgements which express a communal acknowledgement concerning the human value of our sentiments and actions. Knowing some problems with the humean notion of "taste" as a constitutive in moral judgement, a quest and some elements for an answer are provided in this article.

---

\* Pontificia Universidad Javeriana, Santafé de Bogotá, Colombia.

(...) me siento asustado y confundido por la desamparada soledad en que me encuentro con mi filosofía; me figuro ser algún extraño monstruo salvaje que, incapaz de mezclarse con los demás y unirse a la sociedad, ha sido expulsado de todo contacto con los hombres, y dejado en absoluto abandono y desconsuelo (Tratado I § 264).

## 1. ENSAYO Y CONVERSACIÓN

ESTE TRABAJO PARTE de un supuesto: que es en el ensayo en donde Hume resuelve la sensación de soledad que le aqueja al terminar el primer libro del Tratado. De ahí la prolífica producción de ensayos que dejó. Por ello, también el empeño que tuvo en corregirlos a lo largo de la vida. Y es que para Hume era preciso salir de la soledad. A lo largo de su obra encontramos frecuentes alusiones a lo nocivo de la soledad. La reclusión del saber y los doctos en las academias es tan peligrosa para él como el aislamiento de un individuo de la sociedad y el ensayo es la manera como el pensamiento entra en sociedad. Como la conversación, el ensayo permite que la sombra del autor se mezcle con el tema<sup>1</sup>, abre espacios de interés, permite digresiones y cierto tono de confianza. La informalidad del ensayo y de la conversación apelan al sentido común y a la vida en sociedad, materia prima de la filosofía. El ensayo permite reconciliar el mundo de los doctos y el de la conversación. Saca a la luz pública el saber que permanece oculto tras los muros de las universidades<sup>2</sup>. Así como

---

1. BIOY CASARES, Adolfo, "Estudio preliminar", en *Ensayistas ingleses*, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, México, 1992, p. 11.

2. Sobre este punto véase "Of Essay Writing" en *Essays...*, Op. cit. pp. 533-537. Hay traducción al español "El género ensayístico", en HUME, David, *Sobre el suicidio y otros ensayos*, Alianza Editorial, Madrid. Curiosamente este texto fue retirado por Hume de todas las ediciones posteriores a la primera publicación del mismo, quizás porque la mujer es tema fundamental del mismo. Para una lectura posible de este retiro véase el artículo de SAPP, VICKI, "The Philosopher's Seduction: Hume and the Fair Sex", en *Philosophy and Literature*, N°19, 1995, pp. 1-15. Este ensayo de Hume es particularmente interesante porque apela al vínculo indisoluble entre escritura y lectura, que no es tema de este trabajo, pero que toca problemas fundamentales en lo que al quehacer filosófico en la actualidad se refiere. Es a través del comercio entre escritor y lector que se plantea el comercio entre el mundo de los doctos y el mundo de la conversación. Un escritor requiere de un buen lector. ¿Quién

los salones erradican la frivolidad de las conversaciones, el ensayo elimina las quimeras de la filosofía producto del soliloquio de los doctos. El escritor de ensayos se torna en embajador de los doctos ante la comunidad de conversadores, que no es sino el gran público.

A los escritos de los moralistas ingleses los anima una arraigada vocación pedagógica, y su reflexión pretende sentar las pautas que permitan encontrar normas generales de convivencia humana en medio de esta diversidad que no sólo se manifiesta en el nuevo orden de lo social, sino que abarca los diversos credos religiosos de la población. De ahí que la reflexión sobre la moral incluya el problema de la justicia y la propiedad, y también haga énfasis permanente en el problema del fanatismo y la superstición. No es gratuita, pues, la eclosión periodística<sup>3</sup> de la época, el auge de la sátira y el ensayo. La convivencia en la ciudad moderna exige cambiar las costumbres de sus habitantes y la manera más eficaz de acceder a la masa anónima que conforma ahora la ciudad es la palabra escrita, que se dirige a lectores anónimos. La cohesión social exige una superación de las inclinaciones guerreras y de los intereses particulares. Se requiere crear un ámbito en el que prime el bien común sobre el egoísmo. Pensadores como Shaftesbury, Hutcheson, Addison, y Hume consideran que la naturaleza humana es fundamentalmente benevolente y que se inclina hacia el bien común. Sólo es preciso crear las condiciones que permitan afianzar el sentimiento hacia la humanidad y por esta razón es preciso sustraer la reflexión sobre la religión, la moral y la política del ámbito académico<sup>4</sup>. La sociedad es un asunto de todos y nada más propicio para ella que la conversación pública de estos temas, donde prima el sentido común, tan importante para estos pensadores. Es en el foro público y en los espacios de encuentro que van apareciendo en la ciudad moderna, donde se confrontan las diversas perspectivas sobre estos temas. Nada hay

---

es pues mejor lector? Hume determina como lectora ideal a la mujer, en cuanto soberana del mundo de la conversación y en tanto tal, más apta para emitir juicios más certeros sobre la escritura de ensayos que vincula saber con placer, que los doctos y comentadores.

3. *The Tatler, The Spectator, The Rambler, The Adventurer, The Idler, The Bee, The Watchman, The Friend.*

4. A este punto, que también se encuentra en "Of Essay Writing". regresaremos más adelante.

mejor, pues, para una sociedad que una comunidad de conversadores<sup>5</sup>.

La conversación tiene un poder civilizador en la medida en que en ella se permite una agonística de opiniones en la que gana el que mejor haga uso del ingenio, y del humor, armas fundamentales de la razón. Una conversación no da lugar para el fanatismo ni la superstición, sino para su contrario, la tolerancia; pero también requiere de reglas de cortesía y buenos modales que surgen para evitar "las eternas confrontaciones debidas al orgullo y al amor propio de los hombres en *compañía* con el propósito de facilitar el trato entre las almas y una pacífica convivencia y relación"<sup>6</sup>.

Cuanto más conversamos con los seres humanos, y cuanto más amplias son las relaciones sociales que mantenemos, más nos familiarizamos con esas preferencias y distinciones, sin las cuales nuestra conversación y nuestro discurso apenas podrían resultar

- 
5. El tema de la conversación es propio de la época. Véase SWIFT, Jonathan, "Sugestiones para un ensayo sobre la conversación", en *Ensayistas ingleses*, Consejo nacional para la Cultura y las Artes, México, 1992, pp. 55-63; STEELE, RICHARD, "Del talento para la conversación", en *Ibidem*, pp. 77-80; SHAFESBURY, Anthony Ashley Cooper, Tercer Conde de, "Sensus Communis: An Essay on the Freedom of Wit and Humour", en *Treatise II of the Characteristica of Men, Manners, Opinions*, *Times*, Ed. Wolfram Benda, Wolfgang Lottes, Friedrich A. Uehlein & Erwin Wolff, Frommann-Holzboog., Parte I, secciones IV-VI (Traducción al español. *Sensus Communis. Ensayo sobre la libertad de ingenio y humor*, Estudio introductorio, traducción y notas de Agustín Andreu, Pre-textos, Valencia, 1995). Esto puede explicarse porque se está conformando una sociedad que habla y no que lucha. Se están dejando atrás las reglas de la guerra para entrar a las normas de una convivencia que exige el uso de la palabra. Para Shaftesbury, como para Addison, el club es el lugar donde mejor se da la conversación en libertad y donde puede aflorar el humor, fundamental para el proceso de civilización de una sociedad. Es el lugar que permite estrechar vínculos en una sociedad tan imbricada en la que le toca vivir y en la que la cohesión social se ve cada vez más amenazada por la desintegración del sentimiento de humanidad, que fundamenta la sociedad moral. En la conversación de lo clubes se da una suerte de *colisión amigable*, por la cual se liman las asperezas de carácter y de gusto. "Restringirla es inevitablemente como oxidar la inteligencia humana. Es destruir la civilidad, la buena crianza y la caridad misma, bajo el pretexto de conservarla" (*Ibidem*, parte I, Secc II, N° 23, p. 136 de la edición española). Véase también CALVO DE SAAVEDRA, Ángela, "El poder civilizador de la sensibilidad moral" de próxima aparición y "Simpatía y espectáculo en David Hume", en *Universitas Philosophica* 22, Bogotá, Junio de 1994, pp. 11-28.
6. HUME, David, *Investigación sobre los principios de la moral*, Traducción de Carlos Mellizo, Alianza Editorial, Madrid, 1993, Secc. VII, 79, p. 141. (En adelante *IPM*, con la sección, la parte, el numeral y la página correspondiente).

inteligibles para otros (...) El intercambio de sentimientos en la vida de sociedad y en la conversación nos obliga, pues, a formar una suerte de norma general inalterable, guiándonos por la cual podemos aprobar o rechazar caracteres y modos de conducta.<sup>7</sup>

## 2. EL ÁMBITO DE LA CONVERSACIÓN: TRANSPOSICIÓN DEL *THEATRUM MUNDI* BARROCO

¿CÓMO ES ESE mundo de la conversación, en el que tanto hincapié hace Hume? ¿Qué hace posible "el intercambio de sentimientos en la vida en sociedad y en la conversación"? Creemos que para comprender la apuesta humeana a una moral fundada en los sentimientos se hace preciso abordar la metáfora barroca del *theatrum mundi* y el teatro como espectáculo. La moral humeana hace, a nuestro juicio, énfasis en el espectador moral, más que en el actor moral. Mientras Kant se propone dar los fundamentos morales de la razón, y descarta cualquier papel que pueda cumplir el ejemplo en la moral, Hume fundamenta la moral en la posibilidad que tiene un miembro de una sociedad de ser conmovido por los caracteres o acciones de los otros miembros de la sociedad. Es como si cada miembro de la sociedad fuese parte de una obra y además espectador de la misma. Este doble papel de actor y espectador en un mismo escenario hace que la moral humeana se base en el sentimiento generado por la simpatía y el gusto. Veamos.

Si bien Hume vive en la Ilustración o Siglo de las Luces, es muy probable que los rasgos del imaginario barroco de la vida como un espectáculo perviviesen en la sociedad del siglo XVIII. Este imaginario se configura en una sociedad en la cual el teatro anima casi todos los festejos, profanos y sacros, de la sociedad. En la corte se confunde la ficción dramática con la ceremonia y protocolo cortesanos. Todos los miembros de la corte actúan como actores: visten, se mueven, modulan para ser contemplados. El jardín, el templo, la plaza o el salón forman un todo con sus personajes públicos. El principio del decoro y de la cortesía permite la convivencia en la corte, cuyos miembros mueren de tedio por el proceso de acortamiento. Sin embargo, no sólo en las cortes del XVII se vive esta necesidad de apariencia. El teatro español de la

---

7. *Ibidem*, Secc. V, Parte II, 54, pp 100-101.

época da buena cuenta de esa sociedad en la cual cada miembro se enmascara para jugar su papel. Así,

la idea del *theatrum mundi* hay que ponerla en el barroco en relación con toda otra serie de temas como los de "la locura del mundo", "el mundo al revés", el mundo como "confuso laberinto", "gran plaza", "gran mercado" o como "mesón" donde se aprende la vida, con la idea pesimista de las relaciones entre individuos como relaciones teatrales, falsas, engañosas y aparentes. El hombre del barroco es una máscara en una sociedad profundamente enmascarada y piensa (...) que sólo mediante el disfraz, el antifaz y la máscara puede llegar a descubrirse a sí mismo; que la persona no existe más que en el personaje y que el disfraz es la verdadera realidad<sup>8</sup>.

Un siglo más tarde, Hume todavía reconoce este tipo de relación entre los miembros de un cierto grupo social:

Entre la gente bien educada se *aparenta* una deferencia mutua; se *disfraza* el desprecio por el prójimo; se *oculta* la autoridad, se le *presta a cada uno atención* cuando le llega la vez, y se *mantiene una conversación fluida*, sin vehemencia, sin interrupciones, sin ansias de lanzarse con la victoria, y sin aires de superioridad. Estas atenciones y consideraciones son inmediatamente agradables para los demás, al margen de reflexión alguna acerca de su utilidad o de sus tendencias beneficiosas; hacen que triunfe el afecto sobre la hostilidad, promueven la estima, y realzan en extremo el mérito de la persona que regula su conducta guiándose por ellas<sup>9</sup>.

No obstante, Hume, como vemos en la cita anterior, más que hacer énfasis en el engaño que supone la apariencia, propia de una sociedad civilizada<sup>10</sup>, intenta resaltar las ventajas de un tipo de

---

8. GONZÁLEZ GARCÍA, José María, "Metáforas del poder en la filosofía política", en *Figuras del logos entre la filosofía y la literatura*, Fondo de Cultura Económica, Madrid, 1994, p. 131.

9. *Ibidem*, Secc. VII, 79, p. 142. Los subrayados son nuestros. La apariencia propia del concepto de civilización se compecede bastante bien con la metáfora en política del *theatrum mundi* propia del barroco. El teatro en esa época se viste de máscara y en la sociedad cada miembro se enmascara para jugar su papel.

10. Para el problema de la diferencia entre civilización y cultura, véase ELIAS, Norbert, *El proceso de la civilización*, Fondo de Cultura Económica, México, 1994. En este texto se ve la polémica que surgió entre la cultura alemana y la civilización francesa. Para los alemanes, la civilización, es decir las buenas maneras y la cortesía

comportamiento como el allí descrito. El disfraz, el ocultamiento, la apariencia resultan beneficiosas para la sociedad y agradables para sus miembros. De no existir estos comportamientos, la sociedad se destrozaría. La cortesía, con la 'hipocresía' que le corresponde, es "propedéutica de la moralidad"<sup>11</sup>

Entre las artes de la conversación, ninguna complace como la mutua deferencia o cortesía, la cual nos lleva a renunciar a nuestras propias inclinaciones en favor de las de los demás (...) El comportamiento cortés, por tanto, surge de forma muy natural en las monarquías y las cortes, y donde él florece, ninguna de las artes liberales será descuidada o despreciada por completo<sup>12</sup>.

Por lo anterior, podemos ver que Hume mantiene ciertos rasgos del *ethos* cortesano, sin embargo, introduce el intercambio de sentimientos en medio de tanta apariencia. Como en el teatro, lo que importa en la sociedad es el sentimiento de aversión o de placer que suscita el espectáculo. De alguna manera, las fronteras entre realidad y ficción se evaporan. Los espectadores de una tragedia o los espectadores de la vida social se enfrentan a un hecho o a un carácter y sólo estos los conmueve, no la reflexión sobre el mismo. Lo importante es, entonces, tener el refinamiento suficiente para no equivocarse: un hecho vicioso o un mal carácter no pueden, por ningún motivo, suscitar nos placer. La educación estética será, pues, fundamental para la moral. Pero sobre este punto regresaremos más adelante. Ahora nos interesa rastrear la fuente del sentimiento en la moral. ¿Qué nos impacta, nos conmueve? En otras palabras, ¿qué

---

estaban basadas en la hipocresía, en la apariencia, la mentira y la falsedad que requería la corte francesa, especialmente desde Luis XIV. Civilización, pues, era signo de inmoralidad, de mentira. Es comprensible esta actitud ya que los intelectuales alemanes estuvieron alejados de la corte de Federico II y toda su producción espiritual se hacía pública por la escritura y no por la conversación propia de las cortes francesas y de la tradición parlamentaria inglesa. Por lo demás, los alemanes no tuvieron la experiencia de ciudades cosmopolitas como Londres y París. Francia e Inglaterra se ubican más en la tradición de la civilización, marcada por las buenas maneras, la cortesía, pero se diferencian en que Inglaterra tiene una sólida raigambre política, desde la instauración de la *Carta Magna* de 1250, que exige el uso público de la palabra y que desabsolutiza el poder del rey. De ahí quizás el énfasis de la tradición inglesa en el ingenio y el humor.

11. Debo esta expresión a Lisimaco Parra en *Op. cit.*, pp. 363-371.

12. HUME, David, "Sobre el origen y desarrollo de las artes y las ciencias", en *La norma del gusto y otros ensayos*, Península, Barcelona, 1989, p. 100.



permite que salgamos de nosotros mismos, dejemos de lado el egoísmo para vivir en sociedad?

Para responder estas preguntas merece la pena abordar el ensayo sobre la tragedia de Hume<sup>13</sup>. Él escribe este texto con el ánimo de comprender ese extraño comportamiento de la naturaleza humana que, afectada por el dolor y la melancolía propios de la tragedia, logra sentir placer. Sólo a través de la imaginación, que colorea, adorna y matiza la realidad, piensa Hume que puede el hombre tornar soportable lo insoportable. Las tragedias reales, aquellas que se viven, las que están sometidas a la mera experiencia sin imaginación, no son modificadas: el dolor no se transforma en placer. Es preciso acceder a un nivel de mediatez para transformar un sentimiento en su contrario. En la tragedia, el dolor se torna placer, porque según Hume el estilo de un autor logra, por un *je ne sais pas quoi*, combinar la fuerza en la imaginación, la energía de la expresión, el poder de la medida y los encantos en la imitación<sup>14</sup>, que excitan agradablemente la mente del espectador. En lo que a la moral se refiere, ese escenario en el que todos somos actores y espectadores simuláneamente, no es el dolor el que se ha de tornar placer, sino que el egoísmo debe transformarse en interés común. Si en el arte la experiencia de lo bello debilita el dolor y el terror propios de la tragedia, en la moral, la experiencia del principio de simpatía debe posibilitar el tránsito de las inclinaciones egoístas a la opción por el bien común. Si nos imaginamos como espectadores de una tragedia, la simpatía sería el principio que nos permite identificarnos con los personajes que vemos en escena, con su sufrimiento o con su placer. De igual modo, la simpatía en el teatro de la vida nos vincula a los seres humanos en general, no sólo a los más próximos o a los más semejantes a nosotros. Es lo que nos hace partícipes de la naturaleza humana. Sin la existencia de este principio sería imposible superar el egoísmo. La simpatía es, pues, para Hume, un principio vinculante que permite reconocer en el otro a un semejante, así como nos reconocemos en el personaje de una tragedia.

---

13. HUME, David, "Of Tragedy", en *Essays...*, pp. 216-225. En español "Sobre la tragedia", en *La norma del gusto y otros ensayos*, pp. 66-77.

14. Cfr. *Ibidem*, p. 74.

### 3. LA SIMPATÍA: PRINCIPIO ESTÉTICO

AHORA BIEN, SEGÚN lo anterior, podríamos decir que la simpatía es algo así como el *a priori* de la moralidad. Sin este principio, tendríamos que los hombres no podrían salir del egoísmo y no seríamos diferentes a una manada de lobos como propone Hobbes. El principio de simpatía hace que se confunda el interés de un individuo con el de la comunidad. Hume renuncia a la teoría hobbesiana de explicar todo sentimiento moral por el principio de amor a sí mismo y lo explica a partir del principio de simpatía que desencadena el sentimiento humanitario. Sin este principio de simpatía quedaríamos reducidos a la soledad, que nos hace tan incapaces para la justicia como para el mundo de la conversación. Ni el egoísmo acérrimo mantiene total frialdad e indiferencia ante los sentimientos comunes. El principio de la simpatía inclina a tomar el partido por la Humanidad.

La preocupación benevolente se difunde por todos los hombres y es la misma en todos ellos, se da con más frecuencia en el trato, en la vida de sociedad y en la conversación; y la censura y aprobación que de ahí se siguen son así sacadas de esa situación de letargo en la que están sepultadas en las naturalezas solitarias y salvajes<sup>15</sup>.

Por todo esto, podemos ver que el principio de simpatía no es en absoluto un *a priori* abstracto, sino que es una experiencia de cuerpo, de afectación ante el roce social. Lo que resulta interesante en este principio de simpatía o comunicación es que "no es sino la conversión de una idea en impresión por medio de la fuerza de la imaginación"<sup>16</sup>. Según esto, podríamos decir que es un *principio estético*, en la medida en que transforma la percepción intelectual en percepción sensible, por la vía de la imaginación. Sin el principio de simpatía, no sólo la comunidad humana sería tan descarnada como una manada de lobos, sino que los hombres serían incapaces de actuar, ya que, por sí sola, la razón carece de capacidad práctica. Sólo permite comparar ideas y establecer inferencias sobre cuestiones de hecho. La moralidad no es un asunto de verdad o de falsedad y

---

15. *IPM*, p. 160

16. *Tratado*, Libro II, Parte III, Sección VI, SB 427.

tampoco puede ser demostrada pues no parte de principios universales. La moralidad es un asunto de sentimiento, de relación entre una idea y un hecho, y no de relación entre ideas. La moralidad involucra a un grupo humano que se ve afectado por las acciones o carácter de otros y que aprueba o desaprueba dichas acciones y caracteres.

Como en la tragedia, la simpatía en el teatro de la vida nos da un indicio de que pertenecemos al género humano. Nos permite hacer el tránsito de una idea universal de una naturaleza humana a la impresión que ésta causa en cada uno de nosotros. De ahí que la simpatía movilice y permita la intersubjetividad que requiere la moral. La simpatía es, pues, un principio de semejanza por medio del cual logramos identificarnos con lo más lejano y lo más diferente.

Es imposible pensar que la razón pudiese propiciar el tránsito hacia lo semejante ya que las ideas

no admiten una total unión, sino que están dotadas de una especie de impenetrabilidad por la que se repelen mutuamente, siendo susceptibles de formar un compuesto por su yuxtaposición, pero no por su mezcla. En cambio, las impresiones y pasiones son susceptibles de unión completa, del mismo modo que los colores pueden mezclarse unos con otros, tan perfectamente que cada uno de ellos puede perder su identidad, y contribuir únicamente a modificar la impresión uniforme que surge del conjunto<sup>17</sup>.

Este principio nos da cierta solidaridad entre las acciones de los hombres y nos permite juzgar las acciones de los otros de acuerdo con la mayor utilidad para la humanidad. La simpatía es un principio "muy poderoso en la naturaleza humana, que tiene gran influencia en nuestro sentido de belleza y que origina el sentimiento moral en todas las virtudes artificiales"<sup>18</sup>.

En la propuesta humeana la razón no puede jugar ningún papel protagonista. De hacerlo, sería como admitir que la larga cadena argumentativa que genera la razón pudiese tener cabida al contemplar un espectáculo. Ya lo había dicho Aristóteles. La tragedia

---

17. *Tratado*, Libro II, Parte II, Sección VI, SB 366.

18. *Tratado*, Libro III, Parte III, Sección. I, SB 579.

produce placer y éste surge de la compasión y del terror que suscita la acción del héroe. En el escenario humeano no hay héroes. Toda acción o carácter genera aprobación o censura y estas distinciones morales que hacemos los espectadores dependen por completo de ciertos sentimientos particulares de dolor, –que causa humildad y odio– y de placer, –que causa orgullo y amor–. Así, una cualidad virtuosa es aquella que produce amor y orgullo, en tanto que una viciosa causa dolor y humillación. El origen de la moral se halla en la cualidad o carácter del que se deriva la acción que no es sino signo de la cualidad de la que se deriva.

Cuando investigamos sobre el origen de la moral, en ningún caso tenemos que considerar una acción aislada, sino precisamente la cualidad o carácter de que se deriva dicha acción. Sólo esto es lo suficientemente *duradero* para afectar nuestros sentimientos sobre las personas. Es verdad que las acciones son mejores indicadores del carácter que las palabras e incluso más que los deseos y sentimientos, pero sólo en tanto que indicadores van acompañados de amor u odio, elogio o censura<sup>19</sup>

En el teatro de la vida la sentencia final que decide si un carácter o un acto es amable u odioso, digno de alabanza o de censura depende, pues, del principio de simpatía que es una especie de sentido interno o sentimiento que la naturaleza ha otorgado a toda la especie de una manera universal. Sin embargo, es necesario afinar el tránsito de la idea a la impresión que provoca la simpatía. Esto significa preparar el camino para que discernir el carácter virtuoso o vicioso de los actos y caracteres con los que nos enfrentamos en el escenario de la vida. Debe existir una suerte de educación que permita distinguir, comparar y relacionar lo que se nos presenta a los ojos.

Algunas especies de belleza, especialmente las de tipo natural, se apoderan de nuestro afecto y de nuestra aprobación en cuanto se nos presentan por primera vez. (...) Pero en muchas otras clases de belleza, particularmente las que se dan en las bellas artes, es un requisito emplear mucho razonamiento para llegar a experimentar el sentimiento apropiado y un gusto equivocado puede corregirse (...) mediante argumentos y reflexiones. Hay justo fundamento

---

19 *Tratado*, Libro III, Parte III, Sección I, SB 575.

para concluir que la belleza moral participa en gran medida de este segundo tipo de belleza, y que exige la ayuda de nuestras facultades para tener influencia en el alma humana<sup>20</sup>.

#### 4. LA DELICADEZA DE GUSTO

COMO VIMOS, Hume pretende construir una sociedad cuya base de convivencia civilizada sean los sentimientos morales de sus miembros –seres humanos que viven de y por la experiencia– y no la razón con sus conceptos abstractos que no conmueven y que los hace indiferentes a la moral. La virtud y el vicio han de conmover como lo hacen la belleza y la fealdad. Así como la belleza se expone al ojo de un espectador y lo admira y conmueve, la virtud ha de mostrarse y ha de generar en el espectador aprobación y placer. Así pues, en el ámbito de la moral no es suficiente el principio de simpatía que desencadena el sentimiento humanitario. Es preciso tener sentimientos claros de aprobación o censura de los actos que ocurren en la vida social. El gusto es esa suerte de facultad, ese *je ne sais pas quoi*, que permite que la belleza tenga influencia en nuestras almas, y que, por ende, podamos establecer correctamente las distinciones morales de los actos y caracteres que se nos presentan en el escenario social. A través del gusto se accede a los juicios morales mediante un sentido interno sutil<sup>21</sup>, bastante alejado de las cadenas de argumentos e inducciones que acompañan a la razón. Ahora bien, el hecho de que la moral esté fundada en los sentimientos, que son siempre particulares y en algo tan inaprehensible como el gusto, no implica

---

20. *IPM* p. 36.

21. Este sentido sutil recuerda bastante el "sentimiento moral", o "sentido común" propuesto por Shaftesbury en *Sensus Communis*, que opera– según él– no por leyes, sino por inclinación natural hacia el bien y lo bello y parecería ser una síntesis de razón y sentimiento. Opera como un 'sexto sentido', una suerte de instinto natural en los hombres: el gregarismo, tan natural como los apetitos y los sentidos que lo conduce a la preservación de la especie. Lo público se forma porque existe una afeción natural entre los sexos, entre los hijos que se conciben, y entre los descendientes. El amor por los otros es natural y de él se deriva el sentimiento de placer que se suscita en la compañía y la conversación. Carecer de amor por la patria, por la comunidad, o por cualquier cosa en común, equivale, entonces, a ser indiferente a la autopreservación y placer individual; es violentar nuestra propia naturaleza. Sobre esta concepción de lo natural como un "instinto" de preservación de la especie, basado a su vez en un concepto teleológico, de naturaleza, fundamenta Shaftesbury su concepción del gobierno civil como producto natural, y no convencional o artificial, como lo pretende Hobbes.

que ésta carezca de generalidad. Por el contrario, para Hume la moral y sus principios han de ser "los mismos en todos los seres racionales inteligentes, o deben estar fundados, como ocurre con la percepción de la belleza y la deformidad, en la particular manera de ser y constitución de la naturaleza humana"<sup>22</sup>. Por la semejanza que conlleva, la simpatía permite reconciliar las diferencias en los sentimientos de los hombres. La norma del gusto entrega las pautas para confirmar un sentimiento o condenar otro<sup>23</sup>. Reconoce Hume que a pesar de todos los esfuerzos por establecer una norma del gusto, existen circunstancias –los diversos temperamentos entre hombre (estructura interna) y la diversidad de culturas (estructura externa)– que marcan las diferencias entre los grados de aprobación o rechazo de ciertas cosas, pero nunca son tan graves como para confundir las fronteras entre la belleza y la deformidad, porque a las diferentes culturas las aún a el que son parte de la misma naturaleza humana. Eurocentrista como es esta posición, creo que merece la pena rescatar el concepto del gusto y el de educación estética que lleva implícito como elemento civilizador, aún en los albores del siglo XXI.

Las buenas maneras externas son fundamentales para un concepto de moral humeana, muy contrario a la posición kantiana para quien éstas sólo tienen un "parecido externo con la moral"<sup>24</sup>. La virtud, como las artes liberales, ha de ser bella, producir placer y, por ende, aprobación. La virtud y el vicio son reconocidos por los espectadores que se ven afectados por su belleza o fealdad. La moralidad no es un problema del individuo consigo mismo y mucho menos con Dios. Se da en el ámbito social, en compañía, en *society*, en los lugares donde se conversa. Allí entran en juego no sólo las palabras sino el comportamiento ante los puntos de vista de los otros. A estos espacios se dirige Hume a observar la naturaleza humana. Allí ejerce su método experimental del que habla en la introducción del *Tratado*.

---

22. *IPM*, I, N°1, p. 32.

23. *Ibidem*, pp. 25-27

24. KANT, Emmanuel, *Idea para una historia universal en sentido cosmopolita*, citado por Norbert Elias en *El proceso de la civilización*, Fondo de Cultura Económica, México, 1994, p.63.

Desde esta perspectiva, el gusto adquiere un papel preponderante, ya que apela tanto a los asuntos de las artes liberales como a los de la moral. Queda entonces suscitada la problemática fundamental. ¿Cómo puede el gusto conformar el juicio moral? ¿Qué entiende Hume por gusto? ¿Es un asunto de mera etiqueta o algo más?

Hume reconoce en ciertas personas una extremada sensibilidad o delicadeza de las pasiones para los accidentes de la vida. Esta delicadeza, si bien tiene como ventaja el recibir con mayor intensidad ciertas circunstancias de la vida, implica una cierta vulnerabilidad ante la vida. Los seres cuya delicadeza de pasión es más refinada que la de los seres comunes están sometidos a los avatares de la vida. Una sensibilidad hace que los hombres que la tienen pierdan el control sobre sus vidas. Son seres sometidos al azar y susceptibles de transgredir las fronteras de la prudencia y la discreción. De ahí que esta delicadeza no sea la más apta para crear unas pautas morales que permitan una convivencia pacífica entre los hombres.

Existe otro tipo de delicadeza, también correspondiente a ciertos hombres, que sí permite promover una sociedad en la que reinen las normas sociales de convivencia: la delicadeza del gusto. Como la delicadeza de las pasiones, la delicadeza de gusto hace a los hombres más sensibles, sólo que la última los hace sensibles a la belleza y a la deformidad, en tanto en cuanto la primera los hace sensibles a la prosperidad y a la adversidad. El objeto de la sensibilidad cambia de lo accidental de la vida a lo bello o deforme en las obras humanas y las obras artísticas, literarias o pictóricas. Del azar, se pasa al ámbito de las opciones. Podemos escoger qué leer, qué compañía tener y qué placer buscar. El gusto permite afinar la capacidad de distinguir lo que es bueno de lo que es malo, lo que es agradable de lo que es desagradable. La felicidad resulta ser un asunto de elección y depende de metas accesibles al hombre. No es, pues, producto del azar, ni se encuentra en modelos ajenos a la vida, ya que tal perfección es inalcanzable. La delicadeza o refinamiento del gusto es el medio por el cual se accede a la felicidad humana<sup>25</sup>. La felicidad

---

25. Cfr. HUME, David, "Sobre la delicadeza de gusto y de la pasión", en *Sobre la norma del gusto y otros ensayos*, p.55.

está vinculada a los sentimientos de belleza y placer que proporcionan las artes y al refinamiento del gusto que permite estos sentimientos.

El buen juicio de las obras y caracteres de los hombres y de las obras artísticas se fundamenta en el refinamiento del gusto. El gusto viene siendo como una pasión civilizada, elevada más allá de las condiciones naturales. De la educación del temperamento depende una mayor o menor inclinación a las bellezas, obvias o naturales, en la medida que el juicio correcto sobre las bellas artes y las ciencias depende de la delicadeza del gusto, que es como un sexto sentido interior. Una sociedad civilizada, en la que los miembros de la sociedad refrenan sus inclinaciones más violentas y deponen el egoísmo en aras del bienestar común, debe procurar la contemplación de la belleza de las artes liberales. La inclinación por las artes liberales afianza la capacidad de juzgar correctamente los asuntos de la vida, permite abandonar la frivolidad propia de la vida cotidiana y, sobre todo, pule, civiliza las pasiones fuertes, tan incómodas.

La contemplación de la belleza en las obras de ficción genera tal sentimiento de placer que los miembros de una sociedad propenden a reproducir esta belleza en el ámbito de la realidad social. Es así como el refinamiento del gusto saca a una sociedad del estado de ferocidad o barbarie en que se encontraría sin las artes liberales. La ficción que se plasma en las artes liberales –teatro, literatura, plástica– transforma la realidad en la medida que eleva al hombre por encima de los asuntos de la inmediatez de la vida cotidiana, caracterizada por el interés personal. Esto significa que la ficción, más que la realidad, permite la reflexión y dispone a la tranquilidad.

Es evidente que Hume inscribe su noción de belleza dentro del canon del neoclasicismo que busca la armonía de las partes del todo. La sociedad ha de ser tan armónica como lo es la belleza del neoclasicismo. El arte debe refinar la naturaleza, más que imitarla con sus defectos. De otro modo no lograría producir el placer que seduce a los hombres ni los conduciría a buscar la belleza en todos los ámbitos de la vida. De alguna manera Hume propone que la realidad imite al arte y así se embellezca. El refinamiento del gusto genera juicios sutiles que logran matizar la realidad. De esta manera,



el gusto no es un vacío asunto de etiqueta, sino que es una facultad analítica que logra separar la escoria del oro y así poner orden en una realidad que se presenta abigarrada e indiferente.

Aunque la belleza y la deformidad no son cualidades de los objetos sino que pertenecen al sentimiento, interno o externo, debe admitirse que hay ciertas cualidades en los objetos que por naturaleza son apropiadas para producir esos sentimientos particulares. Ahora bien, como esas cualidades pueden encontrarse en pequeño grado, o pueden estar mezcladas y confundidas entre sí, sucede a menudo que el gusto no es afectado por esas cualidades tan pequeñas, o no es capaz de distinguir los sabores particulares entre el desorden en el que se presentan. Cuando los órganos de los sentidos son tan sutiles que no permiten que se les escape nada, y al mismo tiempo tan exactos que perciben cada uno de los ingredientes del conjunto, denominamos a esto delicadeza del gusto, empleando los términos bien en sentido literal o metafórico<sup>26</sup>

Lo ideal en una sociedad es que los miembros no sólo puedan ser espectadores de las artes liberales, sino que puedan ejecutarlas. Por la contemplación y práctica de las artes liberales, se gesta en los hombres una necesidad de imitar la belleza de la obra de arte, así como ésta se esfuerza por imitar la belleza natural. Así, el arte como la moral y la política resultan siendo una cadena de imitaciones de la belleza. En todo caso, Hume parece tener claro que el arte supera a la realidad y nada mejor que buscar en él las pautas para conformar una sociedad civilizada y pacífica. El arte permite comparar perspectivas ya que cada artista imita la realidad de forma diferente. Así son muchas las visiones, lo cual permite a los espectadores liberarse de los prejuicios que intentan reducir la realidad a un solo punto de vista. No hay pues mejor antídoto contra el fanatismo y la intolerancia que la contemplación de un mismo paisaje 'real' visto de muchas maneras distintas.

## 5. A MANERA DE CONCLUSIÓN

ASÍ, RESULTA QUE el arte, siempre imbuido en lo particular, forma para la diferencia, propia de las sociedad moderna en la que vive

---

26. HUME, David, "Sobre la norma del gusto", en *Sobre la norma del gusto y otros ensayos*, p.34.

Hume. La pregunta que nos hacemos, es si a pesar de lo conflictivo que resulta el concepto de gusto, por cuanto puede resultar clasista y eurocentrista, no hay algo en la propuesta humeana válida para las sociedades contemporáneas occidentales en general y para las sociedades latinoamericanas en particular. No negamos que la historia ha probado que el arte no ha impedido la barbarie; ya lo había notado con desazón la Escuela de Frankfurt, en la *Dialéctica de la Ilustración*. Sin embargo, según lo anteriormente expuesto y siguiendo a Hume, podemos decir que el nacionalsocialismo en Alemania tuvo un acercamiento al arte desde el fanatismo, es decir desde la delicadeza de la pasión más que de la delicadeza del gusto. Nos preguntamos entonces si en una sociedad como la nuestra, a finales del siglo XX, puede aplicarse algo del proyecto estético-moral-político de Hume, en el que son pilares el gusto, la belleza y el arte. Apelar a

no sé qué, que algunos hombres poseen y otros no, que es algo muy diferente de la belleza y pulcritud externa, y que sin embargo se apodera de nuestro afecto casi con la misma fuerza. (...) esta clase de virtud, por tanto, ha de confiarse enteramente al testimonio ciego, pero seguro, del gusto y del sentimiento; y debe considerarse como una parte de la ética que la naturaleza ha dejado aquí para burlarse de todo ese orgullo de la filosofía y hacer que ésta repare en lo estrecho que son sus límites y lo flaco que son sus logros<sup>27</sup>.

Quizás podríamos rescatar algo de esta idea de sociedad que se genera a partir de la educación estética humeana, descartando sí el modelo neoclásico que busca la armonía y proponiendo la necesidad del conflicto en la dinámica de las sociedades contemporáneas, con el fin de acabar con la violencia.

---

27. IPM 148